

Judá y Jerusalén en la segunda mitad del siglo VIII. La «semblanza de Isaías» deja de lado las escasas noticias que aporta el libro y se explaya en los contenidos teológicos del mensaje isaiano, a saber, la elección de Jerusalén como ciudad de la morada de Dios, la elección de la dinastía de David como depositaria de las promesas de salvación y la exigencia de conversión del pueblo. El apartado siguiente sobre la estructura de los 39 capítulos primeros del libro es la clásica admitida por los comentaristas. Los breves apuntes sobre el texto y sus versiones recogen lo más relevante, los hallazgos de Qumrán y las versiones griega, aramea, latina y árabe. Finalmente es destacable el resumen de la historia de la investigación del libro. Ramis hace una exposición concisa y clara, procurando mantenerse imparcial cuando describe el estado actual de la investigación en el momento presente (pp. 40-42).

Los comentarios están distribuidos en ocho capítulos, según la estructura descrita en la introducción. Cada capítulo consta de una presentación breve que ayuda a encuadrar cada sección dentro de la unidad del libro, el texto de la Biblia y el comentario propiamente dicho. El texto es el de la *Nueva Biblia de Jerusalén* (1998) con muchas correcciones, generalmente de estilo, presentadas en cursiva. Estos cambios suelen tener su explicación en las notas críticas puestas al pie, que son adecuadas y correctas, quizás un poco escasas. Los comentarios propiamente dichos son sencillos y oportunos; explican cada una de las secciones y en ocasiones cada una de las palabras. Las aclaraciones de lugares geográficos y de nombres de personajes históricos son útiles para un lector no especialista. También son oportunas las alusiones al eco que el libro de Isaías ha tenido en otros libros

del Antiguo Testamento y más aún en el Nuevo. Así relaciona con acierto «la señal del Enmanuel» (7,10-17) y el mesianismo de los evangelios de la infancia, la promesa de una etapa paradisiaca (11,1-9) y la irrupción del reino de Dios en la Nueva Alianza, los textos de la «Apocalipsis mayor» (caps. 24-27) y el libro del Apocalipsis, etc.

La bibliografía, por último, es necesariamente selectiva, dada la proliferación de comentarios de los últimos años. Recoge prácticamente toda la producción en lengua española y lo más destacado en francés e inglés.

En suma es un comentario sencillo, pero llevado a cabo con seriedad y rigor, y será un instrumento útil para los que se inician en el estudio de la Biblia y para muchos lectores interesados en los libros proféticos.

Santiago Ausín

Gonzalo ARANDA, *Daniel*. Comentarios a la nueva Biblia de Jerusalén, Desclée de Brouwer, Bilbao 2006, 180 pp., 15 x 21, ISBN 84-330-2075-7.

Siguiendo el plan previsto de la Colección de Comentarios de la Nueva Biblia de Jerusalén, el libro consta de tres partes: Introducción, Comentario y Bibliografía básica.

La Introducción es amplia, 30 páginas, y aborda los temas básicos para comprender el libro de Daniel: nombre, texto y versiones, contenido, aspectos literarios, composición, perspectivas teológicas y lectura cristiana. Está escrita con sencillez y claridad de modo que, sin eludir los aspectos más vidriosos de la exégesis, hace hincapié en todo lo que es pacíficamente aceptado. Cabe destacar el apartado sobre *texto y versiones* porque en muy pocas palabras y con

lenguaje pedagógico contiene los datos suficientes sobre las dos lenguas usadas en el texto masorético, hebrea y aramea, más las adiciones griegas de la versión de los LXX y de la de Teodoción. También cabe destacar el apartado sobre perspectivas teológicas que desarrolla los elementos doctrinales que vertebran el libro de Daniel: los designios divinos, la teología de la historia y, como tema central, los reinos y el Reino de Dios. Tanto la introducción como el comentario contienen oportunas alusiones a textos extrabíblicos de la literatura apocalíptica que ayudan sobremanera a interpretar y valorar el libro de Daniel.

El comentario está dividido en doce capítulos, los nueve primeros corresponden a los mismos de Daniel, y los tres últimos siguen más bien un orden temático, de modo que el cap. 10 sobre «la gran visión» trata Dn 10-12, el cap. 11 comenta el episodio de Susana (13,1-64) y el cap. 12 el de Bel y el Dragón (14,1-42). Cada capítulo contiene el texto castellano, una cuidada crítica textual y el comentario propiamente dicho. Es llamativa la sección dedicada a la crítica textual por lo que tiene de exhaustiva y de ilustrativa; recoge con todo detalle las variantes, adiciones y omisiones de la versión griega de los LXX y de la de Teodoción, ya que como se había señalado en la Introducción (p. 11), son dos traducciones independientes que difieren notablemente entre sí tanto por el vocabulario como por el estilo. La crítica textual enriquece el comentario que, estando al alcance de un lector poco versado, tiene características científicas de mucho interés.

El comentario de cada perícopa resulta novedoso y enriquecedor, porque no se limita a explicar el texto en sí mismo, sino que lo enriquece con constan-

tes alusiones a los libros de la Biblia, con frecuentes comparaciones con escritos de la literatura apocalíptica judía y con indicaciones de la recepción del libro entre los judíos y, de modo especial, en el Nuevo Testamento. Es ilustrativo, como ejemplo, el comentario a Dn 7,9-17 que contiene la visión en que aparece el «Hijo de hombre». Para explicar la escena del anciano, Aranda recoge una cita del *Libro de los sueños* que describe también el juicio divino. Para dar la importancia que tienen los «tronos», acude a los salmos y subraya que allí eran tronos de gloria, aquí son de juicio como lo serán más tarde en el NT. Para aclarar la simbología de «abrir los libros» remite al libro de *Jubileos*, donde esa expresión indica la certeza del juicio. Finalmente comenta con detenimiento la figura del «hijo de hombre» y señala los puntos siguientes: no es una mera figura humana, ni es un ángel; representa a Israel, siguiendo la idea persa de que cada pueblo tiene su ser superior protector. Aun teniendo sentido colectivo, el autor sagrado no distingue entre reyes y reinos y, por ende, la literatura judía posterior ha identificado a este hijo de hombre con el «Elegido de Dios» (así el *Libro de las Parábolas*) y, en los Evangelios, Jesús se denomina a sí mismo Hijo de hombre, dando a este título nuevas connotaciones.

La bibliografía básica es breve porque se ha limitado únicamente a lo publicado en español en los últimos 25 años. La edición está cuidada y únicamente está empañada por una errata de imprenta entre dos letras hebreas, el *aleph* y el *shin* hebreos. Por ejemplo, en la sección de crítica textual de 1,4, en vez de *'aramit* está escrito *'rsmit*. Esta confusión es fácil de corregir en posteriores ediciones porque se repite idéntica a lo largo del libro y, por otra parte, cualquier lector avezado sabe subsanarla.

En conclusión, es un comentario que colma las expectativas de un lector culto, tanto por el estilo llano con que está escrito, como por la erudición y manejo de la bibliografía de la época. Sin perder de vista el carácter divulgativo de la colección, contiene datos muy interesantes que la revalorizan de modo extraordinario.

Santiago Ausín

Julio FERNÁNDEZ ORTIZ, *Introducción al estudio de los Evangelios*, Asociación española de Ciencia y Cultura, Madrid 2005, 320 pp., 16 x 23, ISBN 84-934675-8-8.

El libro es el resultado de muchos años de enseñanza del profesor Fernández Ortiz en la Universidad de Puerto Rico, Recinto Universitario de Mayagüez. El autor advierte en el prólogo que la estructura del volumen depende en gran parte de esa docencia. No se tratan todos los temas que normalmente están presentes en una introducción a los evangelios, y unos temas están más desarrollados que otros. En los cursos que se dictan por años y años, al final son los intereses de los oyentes los que determinan los contenidos que se tratan. La exposición se presenta, eso sí, con abundantes notas a pie de página, porque, al fin y al cabo, el texto es el resultado de un trabajo que quiere responder críticamente a las preguntas de los alumnos.

El libro consta de dos partes prácticamente iguales en extensión: la primera es una introducción al entorno geográfico e histórico de los evangelios y la segunda una introducción particular a los evangelios. En la primera parte, se describe la geografía física y humana de Palestina en el siglo I, se exponen las vicisitudes históricas de Palestina, espe-

cialmente en su relación con Roma, desde la época de los Macabeos hasta el final del siglo I, y, finalmente, se delinean las diversas tendencias religiosas en la Palestina contemporánea a Jesús. Está claro que, con 160 páginas, estos temas se pueden tratar con cierto detenimiento, por lo que el lector puede encontrar en el libro respuestas a la mayor parte de las preguntas que se formula cuando tiene que leer algún pasaje de los evangelios en su contexto. La segunda parte consta de cuatro capítulos en los que se ofrecen las cuestiones más importantes de cada uno de los cuatro evangelios —fecha y lugar de composición, estructura, contenidos más importantes, etc.—, precedidos de un capítulo que expone el proceso de formación de los evangelios, y seguidos de dos capítulos más en los que se tratan dos temas centrales en los relatos: el mesías y el reino. De esta descripción se deduce también que no estamos ante una exposición completa de todos los temas evangélicos, ni siquiera de los temas relevantes. Pero los asuntos tratados están presentados con claridad.

Una introducción a los evangelios, hoy, supone elegir. Se conocen muchas cosas de estos relatos y de su ambiente, y no todas caben en un libro de introducción. Los contenidos recogidos en este volumen vienen dictados por la práctica docente y eso hace al libro muy interesante, al menos en la primera parte. El autor documenta sus informaciones con bastante bibliografía, aunque, obviamente, la bibliografía recogida proviene más de diccionarios bíblicos, o de obras de divulgación especializada, que de los últimos estudios. Por eso también algunas de las afirmaciones se podrían matizar más. La tipografía —letra muy pequeña, con muchos subrayados— no favorece la lectura. Pero, en su conjunto, el libro puede ser una